

CAPITULO LXXXV

Que trata de la ida que hizo Cortés á la ciudad de Mexico, y lo que en ella le sucedió hasta prender á Motecuhzoma.

Luego que salió Cortés de la ciudad de Chololan, fué á hacer noche en la parte que llaman Quauhstechatl, que es en la obra que está entre el volcán y la sierra nevada; y á otro día por la mañana desde allí reconoció la laguna, en donde estaba fundada la ciudad de Mexico y otros muchos y hermosos pueblos; y caminando con su ejército fué á hacer noche en el pueblo de Amecamecam,¹ en las casas del señor de allí llamado Cacamatzin, en donde fué muy bien recibido y regalado de él, y le dió muchas quejas de las demasías de Motecuhzoma. De allí salió y fué á hacer noche en Iztapalapan en casa de Cuitlahuatzin hermano de Motecuhzoma, señor de aquella ciudad, donde le salió á recibir Cacama rey de Tetzcuco, sobrino de Motecuhzoma, con toda su corte (que lo llevaban en unas andas de oro); y habiéndolo saludado y dado la bienvenida, y muchos dones de oro y pedrería, le trató que se quedase en Iztapalapan, y que desde allí le daría orden² de verse con su tío y dar su embajada; pero Cortés no quiso dilatar más su viaje, y así el otro día siguiente caminó por³ la ciudad, con grande acompa-

¹ El nombre mexicana era Amaquemecan.

² Es decir, le facilitaría.

³ Creo que debe decir: para.

ñamiento de señores y caballeros de las cortes de Mexico, Tetzcuco y Tlacopan, y llegando á un fuerte que estaba en la entrada de la ciudad, en donde se juntaba la albarrada con la calzada, salieron á recibirle más de cuatro mil hombres principales, todos ricamente aderezados, y conforme iban pasando se humillaban á Cortés, poniendo la mano en el suelo y besándola, que es el modo de saludar á los grandes señores; y andando más adelante junto á una puente encontró á Motecuhzoma que venía á recibirle á pie, y le traían de brazo su sobrino el rey Cacama y su hermano Cuitlahuatzin, y traían los tres encima á manera de lío de pluma verde y de riquísimo oro y pedrería, que usaban los señores que eran los capitanes generales de los ejércitos de Mexico y Tetzcuco: Motecuhzoma, Cacama y Cuitlahuatzin venían vestidos de una misma librea, salvo que los reyes traían sobre sus cabezas sus tiaras¹ de oro y pedrería con sus borlas que pendían de la cinta con que se ataban el cabello, y sus zapatos de oro con muchas piedras y ricas perlas; y por donde iban les echaban mantas para que pisasen, y tras de ellos tres mil caballeros, todos muy ricamente vestidos que eran todos de los de su guardia y criados. Cuando Cortés llegó, se apeó del caballo, y habiendo hecho una muy gran reverencia y humillación á los reyes, quiso abrazar á Motecuhzoma, aunque no le dejaron llegar; y habiéndose hecho el uno al otro muy grandes medidas y reverencias, echó Cortés á Motecuhzoma un collar de cuentas de vidrio que parecían margaritas y diamantes; y en recompensa el rey Motecuhzoma le echó al cuello dos cadenas ó collares de oro riquísimo, y en él engastados unos camarones colorados de conchas, que eran de mucha estima: y con esto se volvieron hacia la ciudad, y Motecuhzoma dejó á su sobrino Cacama con Cortés y con su hermano Cuitlahuatzin, y tomó el camino para su casa: él iba adelante y luego Cortés tras él, trabado con Cacama

¹ Aquí el autor llama tiara al *copilli*, que era una especie de diadema, ó media corona.

por la mano; y con esta pompa y majestad llegaron al riquísimo palacio de Motecuhzoma, que eran casas de su padre Axayacatzin: á la puerta de él tomó Motecuhzoma de la mano á Cortés, metiéndolo dentro de una muy gran sala, púsole en rico estrado y le dijo: holgad y comed que en vuestra casa estáis, que luego vuelvo. (Entró Cortés en Mexico á ocho días del mes de Noviembre del mismo año de mil quinientos diez y nueve).¹ Pusiéronse luego las mesas, y comió con los suyos Cortés, y Motecuhzoma en su aposento; y cuando hubo comido vino á visitarle con grande majestad, sentóse junto á él en un estrado riquísimo, y díjole con palabras graves, que se holgaba mucho de ver en su casa y corte á una gente tan principal y honrada, y tenía pena que se presumiese que jamás los había de maltratar:² dió muchas disculpas de lo que había porfiado por estorbar la entrada en Mexico, y á cabo le vino á decir cómo sus pasados tenían pronosticado, que un gran señor que en tiempos antiguos había estado en esta tierra, había de volver á ella con los suyos á dar leyes con nueva doctrina, y que la poseerían y serían señores de ella; y que así creía que el rey de España había de ser aquel señor que esperaban: tras de lo cual dió á Cortés muy larga relación de sus riquezas, se le ofreció mucho, y hizo traer allí muchas joyas de pedrería, mantas y otras cosas ricas, y las repartió entre los españoles, dando á cada uno lo que le parecía que merecía; y con esto se despidió. Los primeros seis días los gastó Cortés en ver y considerar el sitio y calidades de la ciudad, y fué muy servido, y visitado de todos los grandes señores del imperio, y muy abastecidamente proveído él, sus compañeros y seis mil tlaxcaltecas que consigo tenía: al cabo de los cuales, después de haber considerado muy bien en el estado y trance en que se veían, determinó prender á Motecuhzoma (caso atrevido y muy peligroso contra un tan grande y poderosísimo rey dentro de su casa y cor-

¹ La entrada de Cortés en México fué el 7 de Noviembre.

² Es decir, que se presumiese que alguna vez los había de tratar mal.

te, en medio de más de quinientos mil vasallos¹, y con tan pocos compañeros, cosa que atemoriza tan solamente pensarla, cuanto más hacerla y salir con ella), para lo cual tomó por achaque lo de Chololan, y otras partes que decía había movido Motecuhzoma para matar á él y á sus compañeros, y que Quauhpopocatzin señor de Coyoacan uno de los grandes del imperio que asistía en Nauhtlan y estaba á su cargo el gobierno de las costas del mar del Norte, había mandado matar á cuatro españoles que iban en compañía del capitán Pedro Dirsio, camino de Veracruz, según sus cartas que Cortés tenía consigo para mostrarlas á Motecuhzoma cuando fuese necesario; y andando en estos pensamientos, paseándose por una sala, echó de ver que estaba recién tapado y encalado un postigo, y recelándose de él, una noche lo hizo abrir, y entrando dentro halló otras salas y recámaras llenas de mucho oro, plumería, mantas y otras cosas de mucho precio y estima, y en tanta cantidad que quedó espantado de ver aquella riqueza, tornan- do á tapar lo mejor que pudo, porque no fuese sentido.² Otro día vinieron á él ciertos tlaxcaltecas y algunos españoles á avisarle que habían alcanzado que Motecuhzoma trataba de matarlos, y que para esto quería quebrar las puentes. Y hablando según una carta original que tengo en mi poder, firmada de las tres cabezas de la nueva España, en donde escriben á la majestad del emperador nuestro Señor (que Dios tenga en su santo reino), disculpan en ella á Motecuhzoma y á los mexicanos de esto y de lo demás que se les arguyó, que lo cierto era, que fué invención de los tlaxcaltecas y de algunos de los españoles, que no veían la hora de salirse de miedo de la ciudad, y poner en cobro innumerables riquezas que habían venido á sus manos. Sea como se fuere, con el dicho de éstos y con lo que tenía pensado hacer, no quiso dilatar más la prisión de Mote-

¹ Difícil es que por su extensión, tuviera la ciudad de México mucho más de unos cuarenta mil habitantes.

² Es decir, porque no fuese conocido ó descubierto.

cuhzoma, y por hacerla, puso secretamente á algunos españoles de guardia en algunas enrucijadas y cantones que había desde su posada hasta palacio, dejando la mitad en ella; y mandó á ciertos amigos suyos que se fuesen de dos en dos, tres en tres con sus armas secretas como él las llevaba, y envió delante á avisar á Motecuhzoma cómo lo iba á visitar: el cual le salió á recibir con alegre rostro á la escalera, y habiéndose entrado en la sala, y con él hasta treinta españoles, estuvieron un rato en buena conversación como lo solían hacer. Motecuhzoma le dió á Cortés unas medallas de oro muy ricas, todo á fin de mostrar lo mucho que le quería y estimaba, como lo mostró en esta conversación, pues le persuadió que se casase con una hija suya. A esto respondió Cortés que era casado, y que conforme á la ley evangélica, no podía tener más de una mujer; y luego echó mano á las faltriqueras, y sacó de ellas las cartas del capitán Pedro Dirsio, y comenzó á quejarse de Motecuhzoma diciendo, que por su mandado Quauhpopocatzin había muerto los cuatro españoles, y que le tenía armada traición y mandado á los suyos quebrar las puentes. Motecuhzoma, viendo una maldad tan grande tan fuera de sus pensamientos y calidad de su persona, se enojó terriblemente y dijo con ira y grande alteración, que lo uno y lo otro era falsedad y mentira; y para averiguar la verdad llamó luego á un criado suyo, y se quitó del brazo una rica piedra donde estaba esculpido su rostro (que era lo mismo que un sello real), y se la dió y mandó que fuese por la posta, y llamase luego á Quauhpopocatzin; y despachado que fué el criado, Cortés tornó á decir al rey: señor, conviene que vuestra alteza sea preso y vaya conmigo á mi posada, que allí será bien tratado y servido, y yo miraré por vuestra honra hasta en tanto que venga Quauhpopocatzin; y perdonadme que no puedo hacer otra cosa, porque los míos me matarían si disimulase con estas cosas; y mandad á los vuestros que no se alteren, porque cualquier mal y daño que á nosotros nos venga vuestra alteza lo ha de pagar con la vida; y vaya callando, y será en vuestra mano es-

capar. Quedó Motecuhzoma en oyendo estas razones sin sentido, y después de haber estado callado un rato, dijo con mucha gravedad: no es persona la mía para ir presa; y cuando yo lo consintiese los míos no pasarán por ello. Cortés le replicó que no se podía excusar su prisión: y estuvieron más de cuatro horas en demandas y respuestas, hasta que Motecuhzoma vino á decir, que le placía de ir con él, pues le decía que allá mandaría y gobernaría como en su casa; y llamando á sus criados les mandó que fuesen á los cuartos de Cortés, y le aderezasen uno para su posada. Acudieron luego á palacio todos los españoles y muchos de los caballeros y señores de la ciudad, parientes y amigos del rey, todos tristes y llorosos, mirándole á la cara si les daba licencia para librarle; y como les mandó que se quitasen, tomaron á Motecuhzoma en unas andas muy ricas de oro y pedrería, y le llevaron por medio de la ciudad con grandísimo alboroto de los suyos que se quisieron poner en soltarle; pero él les mandó que se estuviesen quedos, diciendo que no iba preso sino á estarse en compañía de Cortés y de los suyos: y creyéronle como le vieron salir de casa y despachar negocios como antes, y aun salir fuera de la ciudad una y dos leguas á montar y cazar; solamente notaban en que andaban siempre españoles en su guarda, y que á la noche venía á dormir en los cuartos de Cortés: burlábase y entreteníase con los españoles; servíanle los suyos mismos; dejábanle hablar en público y en secreto con los que quería, y salir ordinariamente á orar y ofrecer sacrificio á sus falsos dioses. Las guardas que tenía eran ocho españoles y tres mil tlaxcaltecas. Por tentarle Cortés, díjole un día que los suyos habían tomado cierta cantidad de joyas de oro que habían hallado en su casa: respondióle que tomasen en buena hora y que no tocasen á la pluma, porque aquel era el tesoro de los dioses; y que si más oro quisiesen que más les daría.

CAPITULO LXXXVI

Que trata de lo más que le sucedió á Cortés en la ciudad de Mexico hasta poner prisioneros al rey Motecuhzoma, de que Cacama rey de Tetzeuco se alteró, y quiso libertar á su tío y echar de Mexico á los españoles; y de cómo su hermano Ixtlilxochitl lo prendió cautelosamente y lo entregó á Cortés.

Así como Cortés tuvo preso á Motecuhzoma, procuró estorbarle que no sacrificase hombres á sus falsos dioses, y comenzó á derribar ídolos, de que Motecuhzoma se alteró, porque los suyos estuvieron en términos de matarle porque lo consentía, y con él á Cortés porque lo mandaba; por lo cual de consejo del mismo Motecuhzoma, por entonces Cortés dejó de quebrar los ídolos, y contentóse con decirles en la ceguedad en que vivían, y desengañarlos y meterlos en el camino verdadero de la virtud y ley evangélica, que había sido la causa principal de su venida; que no había sido tanto por sus riquezas, pues de ellas no habían tomado más de tan solamente lo que ellos les habían dado, ni habían llegado á sus mujeres y hijas ni hecho otros agravios, porque su principal intento no era más de salvar sus almas; que no había otro Dios, más de tan solamente el que los cristianos adoraban, Trino y uno, Eterno, sin fin, criador y conservador de todas las cosas, que rige y gobierna los cielos y la tierra; y otras muchas razones, persuadiéndoles á nuestra santa fe católica, y abominando su idolatría y errores: con que se aseguraron un poco, y por buenas razones Motecuhzoma vino á dar su palabra, que no se sacrificarían hom-